

azules, profundos y cambiantes como el color de las aguas del mar. La Duquesa coqueteaba con media docena de elegantes jóvenes, de rizados cabellos é irreprochables pecheras, que la acompañaban á todas partes. Llamaba á aquella pequeña falange de galanteadores «su tiro de seis», y le conducía con segura mano sin riesgo de volcar. La sequedad de su corazón y la pobreza de su temperamento la ponían, además, al abrigo de una sorpresa.

Desembarazado de su hija, empezó á madurar Moulinet importantes proyectos. Tomó secretario, y se encerraba con él diariamente durante muchas horas en una hermosa habitación que bautizó con el nombre de biblioteca, aunque no había en ella libro alguno. Puso sobre el escritorio un tratado de economía política, y aseguraba su hija que de dos á cinco de la tarde dormía sobre él tranquilamente. Suponía la Baronesa que el exmiembro del Tribunal de Comercio aspiraba á diputado, pues le habían visto, según decía, con personas de mediano aspecto que debían ser periodistas, haciendo además varios viajes al Jura, donde al mismo tiempo que inauguraba una escuela laica en su municipio, hacía restaurar secretamente la iglesia. Acariciando con la mano izquierda á los radicales y con la derecha á los conservadores, el fabricante de chocolates la echaba de maquiavélico.

La verdad era que, aunque un poco tarde, el señor Moulinet sintióse excitado por la ambición, pensando que quien había dirigido tan bien sus propios negocios, bien podría dirigir con acierto los de los demás. Preguntóse si había en el Parlamento persona que con una fortuna como la suya apoyase cualquier situación política, y se contestó francamente que no. Habiendo pagado á su hija un marido «de lo mejor que podía encontrarse,» creyó que no debía vacilar en pagarse á sí mismo un acta electoral.

Titubeó algún tiempo entre el Senado y la Cámara de Diputados. El título de senador parecióle majestuoso, inspirándole admiración la alta Cámara formada en otros tiempos por los hombres más eminentes de la nación. Por otra parte, el de diputado tampoco sonaba mal, y parecía el Cuerpo Legislativo más vivo y animado. Con verdadera astucia comprendió que encontraría en él bastantes medianías para que le fuese fácil llegar pronto á ser un hombre importante. Comenzó, pues, la campaña, decidido á no retroceder ante ningún sacrificio para asegurar el éxito.

Con este objeto había ido á la Varenne. Su distrito era limítrofe al de Besançon y al de Pont-Avesnes. La influencia del señor Derblay debía ser grande en la comarca, y resolvió aprovecharla. Visitó al dueño de la ferrería, y se hizo el pequeño y el sencillo-



te, sin decir palabra de sus proyectos, y anunciando sólo que pasaría el verano en el castillo. Encontró medio de hacer creer á Clara que más bien era cándido que mal intencionado, y que en el asunto del matrimonio había sido instrumento inconsciente de Atanasia. Al mismo tiempo fundaba Moulinet en Besançon un periódico titulado *El Correo del Jura*, con objeto de apoyar su candidatura. El director era uno de los individuos de mediano aspecto con quienes habían visto á Moulinet en París. Escogió el más presentable, y al proponerle éste que eligiese convicciones políticas, ideó Moulinet para su uso una opinión republicana, flotante entre el centro izquierdo y el centro derecho, bastante caliente para los exaltados y bastante tibia para los tímidos, cosa así como la letra de la Marsellesa con la música de la reina Hortensia.

Por lo demás, el color político de su candidatura le importaba muy poco, pues como argumento decisivo contaba con su dinero, y era lo más acertado. Los proyectos del señor Moulinet disgustaron mucho al Duque de Bligny, quien creía que habiendo sabido su suegro reunir tan considerable fortuna sólo debía ocuparse en hacer que él la gozase. Manifestóle su disgusto con la familiaridad algo impertinente que era el tono ordinario de sus conversaciones con el exmiembro del Tribunal de Comercio.

—¿Qué mosca le ha picado á V. para meterse en política?—le dijo.—¿No le parece que los asuntos públicos van bastante mal? ¡Es singular la afición que tienen las personas tranquilas á mezclarse cándidamente en tales enredos! ¿Sabe V. si los electores serán bastante necios para elegirle?

—¡Pero, querido Duque, cuento con ellos!

—Veremos lo que cuesta.

—¿Qué os importa?

—Me importa mucho. Me he casado con una hija única, y se le antoja á V. darle una hermana.

—¿Una hermana?

—Seguramente, una hermana: la política. Y una hermana que tendrá muchos hijos: todos vuestros muñidores, agentes, ayudantes, protectores y defensores, sin contar los electores, que le estrujarán á su gusto, y Dios sabe en qué parará la fiesta.

Hizo Moulinet un ademán majestuoso, y golpeando en el bolsillo de su chaleco, deplorable costumbre que jamás pudo quitarse, contestó:

—Yerno mío, mis medios me permiten toda clase de caprichos. Aun no he cumplido sesenta años, y podría si quisiera mantener bailarinas.

—No le acriminaría por ello. Esa clase de locura la comprendo. Un piececito, una pierna bien formada, una cintura redonda



sujeta con el cinturón de oro de las egipcias en el baile de *Fausto*, y unos ojos negros ó azules que os busquen en las butacas de orquesta, me parece bien. La cosa vale la pena, y si quiere V. que le presente al cuerpo de baile, lo haré con mucho gusto; pero hacer el amor, ofrecer ramos y señalar pensiones á la señora Política, es insensato, y verdaderamente me aflige V., señor Moulinet. Le aconsejo que prefiera á las bailarinas.

—Lo siento, mi querido Duque, pero soy hombre de buenas costumbres y prefiero la política.

—Pues buen provecho le haga. Y cuando sea V. elegido, ¿hablará?

—Es muy probable.

—¡Pues será cosa divertida! Iré y llevaré á mis amigos... pero procure V. no llegar á ministro: acabará V. por comprometerme.

Desdeñó Moulinet los chistes de su yerno y persistió en sus proyectos. Al empezar la primavera se instaló en la Varenne, y empezó á tantear el cuerpo electoral.

Por la misma época volvió la Marquesa á Beaulieu, y Felipe sacó á Susana del convento. No fué extraña Clara á este suceso. La joven animó algo la casa é hizo menos tirantes, en la apariencia, las relaciones de ambos esposos. Delante de Susana tuvo Felipe que representar la comedia de mostrarse cariñoso con su mujer, y lo hizo tan perfec-

tamente que no produjo la menor sospecha en el cándido corazón de la joven. Creyó ésta á su hermano completamente dichoso, y al ver á la orgullosa y sombría señorita de Beaulieu convertida en sencilla y risueña, no la reconoció. Encontró en ella el dulce y previsor cariño de una madre y de una amiga á la vez.

Comprimida un momento la juventud de Clara por las alarmas, los cuidados y los pesares, se extendió vigorosa en ella como la savia en el árbol. Las dos hermanas no se separaban. Desde su vuelta á Pont-Avesnes empezó Susana las visitas á las casas de los trabajadores. Acompañábala Clara por todas partes como hada benéfica. Tomó sin escrúpulo el dinero que Felipe le había dado, y lo empleó generosamente en socorrer á los desgraciados. Encontrábanlas á pie por los caminos de Pont-Avesnes, sencillamente vestidas, cubriéndose del sol con grandes sombrillas, y siguiéndolas el corpulento perro rojo de Felipe. Todo el mundo se descubría al verlas pasar.

Al poco tiempo llegó á ser Clara el ídolo de la población obrera. Muchos se habían ocupado de ella en la aldea cuando su casamiento, y los trabajadores de Pont-Avesnes la conocían bien, por haberla visto pasar otras veces á caballo, indiferente, absorta, pensando en el Duque, y tocando, distraída, con el puño del latiguillo al ala de su som-



brero de largo velo, cuando se la saludaba. Tenía fama de orgullosa, y con su lenguaje familiar y un poco malévoló, la llamaban los obreros «la Marquesa,» como á su madre. Al convertirse en la señora Derblay, continuó siendo la Marquesa para aquellos hombres, que la consideraban de una raza superior. Era tan blanca, tan fina, tan elegante hasta con su vestido de lana de color oscuro, que en las calles fangosas de Pont-Avesnes y en las casuchas de las aldeas aparecía como una joven soberana. Todos la adoraban.

En el mes de julio llegó Octavio á Beau-lieu, y empezaron las partidas campestres. Susana hacía enganchar una pequeña jardinera, que Clara conducía hábilmente, y seguidas del Marqués á caballo, daban deliciosos paseos por los bosques de Pont-Avesnes. Bajo la bóveda de los corpulentos árboles y sobre la fresca hierba, iban despacio, siguiendo el carruaje las profundas rodadas de las carretas de los leñadores que explotaban la corta del año. Algunas veces era preciso bajarse, y Octavio empujaba la jardinera, mientras Susana llevaba el caballo cogido por la cabeza. El del Marqués seguía á Susana como un perro, mirándola con sus grandes ojos húmedos, y alargando el cuello en demanda del acostumbrado terrón de azúcar. Aquellos días eran deliciosos, y Clara olvidaba su tristeza; pero por

la noche, cuando se encontraba sola en su habitación, sufría gran desaliento. Comprendió, al conocer á Felipe lo bastante, como ya le conocía, que no se acercaría espontáneamente á ella y que había amargado su vida para siempre. Fiel á lo convenido, la devolvió su libertad, y se la dejaba completa. ¡Con qué alegría se la hubiera ella sacrificado! Fogosa y altanera, tuvo que habérselas con quien era más fuerte, y alegrábale ahora sentirse dominada.

Amaba al hombre que, poniéndole la mano en el hombro, la obligó á inclinarse, y le amaba porque le había hecho sentir el peso de su voluntad; porque era su dueño.

En sus largas horas de soledad arrepiñóse amargamente de no haber comprendido á tiempo la superioridad de la persona á quien dió su mano. Ahora adivinaba cuán importante era su posición en el país, descubriendo día por día con admiración alguna de las numerosas fuentes de la fortuna del amo de la ferrería. Antes de que volviese Susana á Pont-Avesnes, ignoraba por completo la existencia de la fundición del Nivernais. Preguntó hábilmente á su cuñada, y supo con sorpresa que su marido estaba en camino de ser uno de los príncipes de la industria, la fuerza dominante en este siglo.

Avergonzóse de sí misma. ¡A un hombre en esta posición se había atrevido á ofre-



cerle su fortuna para indemnizarle del mal que le hacía! ¿Qué era su fortuna, comparada con el gran capital del amo de la ferrería? Una gota de agua en un lago. Comprendió, pues, cuán odioso y ridículo había sido su orgullo; juzgó que Felipe debía despreciarla, y esta idea causóla gran pesar. Supo, sin embargo, ocultarlo, siguiendo el ejemplo que su marido le daba con admirable fuerza de voluntad.

El cariño que la inspiraba Felipe advertíase, sin embargo, en los pequeños detalles. Acogíale con una alegría que se retrataba en su semblante, é ingeniábase para hacer cuanto pudiera agradarle. Susana le servía de mucho para estas demostraciones. Un día que estaban en la terraza después de almorzar, divertíase la joven en pasar suavemente una mata de avena por el cuello de su cuñada. Cogióla ésta y la atrajo hacia sí. Felipe saboreaba una taza de café con la mayor indiferencia, siguiendo con la vista el vuelo de los vencejos, que se perseguían en el azulado cielo con agudos gritos. Clara había cogido la cabeza de la joven entre sus manos, y la miraba con enternecidos ojos. Exhaló un suspiro, y aplicando suavemente sus labios á los pequeños rizos que revoloteaban en la frente de Susana, murmuró:

—¡Querida niña, cómo te pareces á tu hermano!

Oyóla Felipe, y se estremeció. Jamás ha-

bla brotado nada tan directo del corazón de Clara hacia el suyo. Permaneció un instante inmóvil, y se alejó después sin decir nada.

La señora Derblay enjugó una lágrima que brotaba en sus ojos, y Susana se arrojó á su cuello con furioso cariño.

—¡Llora V.! ¡Llora V.! ¿Qué tiene? ¡Oh! hable usted... Ya sabe cuánto la amo. ¿Le ha dado algún disgusto Felipe? Pues habrá sido sin querer, y con solo decirle una palabra... ¿Quiere V. que yo se la diga?

—No,—respondió vivamente Clara haciendo un esfuerzo para sonreír.—Es que me siento un poco enervada... Felipe se porta muy bien conmigo, y soy muy feliz,—añadió con seriedad mirando á Susana para arraigar profundamente esta convicción en el ánimo de la joven.

Y levantándose, añadió con alegría:

—Vamos á dar una vuelta.

Fuéronse al parque, corriendo como dos locas y riendo como si nada hubiese ocurrido.

Este fué uno de los últimos días relativamente felices de Clara.

A la mañana siguiente los Duques de Bligny llegaron á la Varenne.

El anuncio de su presencia desagradó á la joven, que esperaba no volverles á ver nunca. Notó que Felipe la observaba con más atención, y procuró estar con el semblante invariablemente tranquilo. Aquella misma



noche, cuando se retiró Susana, planteó Felipe la cuestión de las relaciones que debían mantener con los habitantes de la Varenne.

—El Duque de Bligny es vuestro pariente más inmediato, á excepción de vuestro hermano,—dijo con voz tranquila.—Ninguna ruptura aparente ha ocurrido entre él y vuestra familia, y V. misma cuidó de que continuasen las buenas relaciones cuando se verificó nuestro enlace. Creo que no sería hábil modificar ahora este comportamiento. Si los Duques de Bligny se presentan aquí, opino que se les debe recibir como á parientes vuestros, es decir, del mejor modo. De no recibirles, nos exponemos á comentarios que deseo evitar. No pretendo, sin embargo, imponer á V. mi opinión. Usted es más interesada que ningún otro en este asunto. Dígame cuál es su deseo, y á él me atenderé.

Permaneció Clara un momento silenciosa. La nueva intervención del Duque y de Atanasia en su vida, parecióle señal de grandes peligros, é instintivamente sospechó que con ellos entraría en su casa una desgracia completa, irremediable. A punto estuvo de hablar, de demostrar á su esposo sus verdaderos sentimientos, quizá de pedirle perdón; pero no se atrevió, y aceptó ciegamente cuanto había resuelto Felipe.

—Tiene V. razón,—dijo;—es preciso recibirles bien, y le agradezco que se imponga esa contrariedad. La presencia del Duque

me será tan penosa como á V.; le ruego que así lo crea.

Felipe hizo un movimiento con la cabeza, que no significaba afirmación ni negación, y dió por terminada la entrevista.

### XIII

El Duque no había ido por su gusto á la Varenne. Parisiën de pura raza, no podía sufrir el campo, y los plátanos de los bulevares y los castaños de los Campos Elíseos parecíanle suficiente verdura. Su Círculo, donde pasaba las tardes y la mayor parte de las noches, era la base de su vida habitual. Aborrecía la contemplación de la naturaleza y detestaba la lectura.

Cuando su suegro le condujo orgulloso á las estufas de la Varenne, y le enseñó una magnífica colección de orquídeas que su jardinero, persona á quien Moulinet hablaba con deferencia, había obtenido á todo coste, miró el Duque distraído las macetas simétricamente alineadas, y dijo indiferente: «Muy bonito.» Después arrancó con la punta de los dedos una flor maravillosa, y se la puso en el ojal.

Al verle coger de aquel modo una flor que había costado tanto trabajo y tantas pe-